

# Manchita



# EL DIBUJO PARA LOS NIÑOS

con lápices y cajitas de colores que vende EL MENSAJERO, es el pasatiempo más agradable y útil.

---

En la misma Librería y Papelería, es la agencia de *Billiken* y *Marilú*, las mejores revistas argentinas para niños.

## EL BANCO DE LA REPUBLICA

interesado en facilitar a la juventud la consulta de obras sobre cuestiones económicas y financieras, y aumentar en la generalidad de las gentes la afición por este género de estudios, ha resuelto abrir para el público la BIBLIOTECA DEL BANCO, que está siendo provista de las obras nacionales y extranjeras de mayor actualidad.

---

### HORAS DE LECTURA:

DE 2 A 4 Y MEDIA P. M.,  
TODOS LOS DIAS,  
EXCEPTO LOS SABADOS  
Y DOMINGOS

## Estufitas eléctricas de verdad !

Para la cocina  
del muñequero

Pídele a tu mamá que te  
lleve a verlas al almacén de la

## Energía

Calle 13, No. 10-09

Quiere usted recibir a

## CHANCHITO

en su casa, sin que le  
cueste nada?

Consíganos CINCO sus-  
criptores entre sus amigos  
y le enviaremos  
**LA REVISTA GRATIS**

Entre los niños que nos envíen las  
soluciones correctas de los pasatiem-  
pos rifaremos un lindo lapicero.

Las soluciones deben enviarse al apar-  
tado 385 con el cupón que aparece al  
pie.

**CUPON PARA LOS PASATIEMPOS  
DEL NUMERO 31**

## SERVIR ES PROGRESAR

Siempre a sus órdenes

### EXPRESO RIBON

Para sus transportes rá-  
pidos a todo el país.


Bogotá carrera 8a.,

La simpática y bella Re-  
vista Infantil

**“CHANCHITO”**

se reparte rápidamente por el  
**“EXPRESO RIBON”**

### PARA NIÑOS Y NIÑAS:

Ferrocarriles con rieles, túneles y es-  
tación, en todos tamaños, desde  
\$ 1.00 hasta \$ 10.00. 

Cajas de mecanos para todas las  
combinaciones mecánicas.

JUEGOS DE CROQUET. - Juegos  
combinados en cajas de cinco.

Automóviles en todos estilos.

Caballos, osos, perros, vacas, etc.

Juegos de té, bañitos, teléfonos, ca-  
mitas, pesebres, muñecos y muñecas.

Y TODO LO QUE UD. PUEDA  
DESEAR PARA OBSEQUIAR UN  
NIÑO DESDE RECIEN NACIDO

**ALMACEN DEL CENTRO**

A. 'DUFFO

BOGOTA - CALLE 12, No. 6-47.

# JUEGOS DE TE

de Porcelana  
Japonesa.

LINDOS ESTILOS



PRECIOS BAJOS



ALMACEN "MIO"

(PLAZA DE BOLIVAR)



*Ahora comprendo  
por qué fuma papá!*

## Todos los textos

**nacionales y extranjeros adoptados en los  
colegios y escuelas de la República, y to-  
da clase de útiles para escolares.**

---

**LIBRERIA COLOMBIANA**

CAMACHO ROLDAN & CIA. - S. A.

7-50 - Calle 12 - Bogotá - Apartado 199.

# CHANCHITO

REVISTA ILUSTRADA PARA  
NIÑOS

APARECE LOS JUEVES

Directora, Mercedes Caro

ADMINISTRACIÓN:

Carrera 6.ª - 10-60—Tel. 90-62



VALOR DEL EJEMPLAR EN  
TODO EL PAIS \$ 0.10

SUSCRIPCIONES:

3 meses (13 Nos.)	\$ 1.20
6 meses (26 " )	\$ 2.30
1 año (50 " )	\$ 4.50

Por correo: Apartado 385

Por telégrafo: Chanchito.

VOLUMEN

BOGOTA, MARZO 8 DE 1934

NUMERO 31

## DON DIEGO FALLON

Dentro de dos días se cumple el centenario del nacimiento de este ilustre compatriota, que fue gran músico y poeta insigne, y Bogotá se prepara a conmemorar esa fecha con mucha solemnidad. Tuve la fortuna de conocer al señor Fallon y de ser su discípulo de piano, y quiero decirles a mis lectores unas pocas palabras sobre él. Aunque hijo de inglés, tenía don Diego una figura muy de literato español o meridional: barba blanca, tez morena, ojos pequeños y vivos y frente ancha surcada de arrugas. Solía permanecer con la cabeza inclinada y en silencio, mas de pronto, como despertando de un sueño, se erguía, le daba cuerda a la imaginación, empezaba a hablar, y era tal la magia de sus palabras y la música de sus pensamientos, que quienes le oían experimentaban la impresión de asistir a un concierto en que él tocaba todos los instrumentos a un tiempo y solo.

Poseía multitud de habilidades: conocía el carácter de las personas por la letra y sus aptitudes por la configuración del cráneo; pintaba y esculpía; tocaba en la guitarra lo que componía en el piano y viceversa; silbaba como un pájaro, imitaba el ruido del serrucho cuando

corta la madera y del cepillo cuando saca viruta, y remedaba a la gente con muchísima gracia. En cierta ocasión estando en La Mesa, fue invitado a un paseo campestre, al que asistieron entre los concurrentes un individuo de nariz más que mediana y otro de pescuezo brotuberante. Mientras cabalgaban alegremente, el de la nariz se acercó a don Diego y le dijo: "hágame el favor de remedar a aquel cotudo, gangoso y majaderón, que va allí adelante". Y poco después el del coto arremó su caballo al de Fallon y le pidió que remedara al narigón antipático con quien conversaba hacía un momento. El gracioso remedador refería este caso imitando la voz del de la nariz y el del coto.

Tenía Fallon, aun en los momentos más graves de la vida, una manera muy original y chistosa de expresarse. Cuando vio por primera vez a la que fue dama de sus pensamientos, le preguntó a un amigo: "Cómo se llama aquella muchacha con quien me voy a casar? El amigo, riendo, se la presentó, y el enamorado galán, después de platicar con ella unos minutos, le dijo muy serio: "Señorita, si alguna vez tiene usted el mal gusto de casarse, le ruego que lo haga conmigo". Doña

## A LA FUENTE DE NEMOCON

Desde tu gruta nativa  
Al pie de rudo peñón,  
Llorando vienes cautiva  
Las penas de tu prisión.

Que para ti no hay aromas,  
Sobre ti no luce el cielo,  
Ni a tu raudal las palomas  
Sedientas baten el vuelo.

Huyó de ti la fortuna  
En el albor de tu vida,  
Y fue tu indefensa cuna  
Por el hombre sorprendida;

Y hoy tu cauce es catacumba  
Porque así lo quiso el hombre:  
Tu manantial, hueca tumba,  
Sin una flor y sin nombre.

Tus hermanas a la aurora  
Exhalan cándida niebla,  
¡Ay de ti! mientras devora  
Tus sollozos la tiniebla.

Ya no mulle fresca grama  
Las márgenes de tu lecho,  
Ni con tus perlas recama  
Su encaje el tímido helecho.

La madre selva no extiende  
Sobre ti sus pabellones

Ni tus remansos defiende  
La zarza con sus festones;

Ni de la flor deshojada  
Los despojos virginales  
Van de cascada en cascada  
Navegando en tus cristales...

Sólo murmuras querellas  
En noche desoladora,  
Noche sin cielo ni estrellas,  
Sin fragancias, sin aurora.

Que si aromas derramara  
Sobre ti nocturno viento,  
¡Ay! Si el alba serenara  
Tus cristales con su aliento.

Tan fresca tu linfa fuera  
Que a la mujer y a las rosas  
Tal vez apagar pudiera  
La sed de ser más hermosas.

Mas para ti no hay aromas,  
Sobre ti no brilla el cielo  
Ni a tu raudal las palomas  
Sedientas baten el vuelo;

Que tu lecho es catacumba  
Porque así lo quiso el hombre;  
Tu manantial, hueca tumba  
Sin una flor y sin nombre.

D I E G O F A L L O N

Amalia, que así se llamaba la sorprendida joven, correspondió al amor de aquel príncipe de la palabra, de la

rima y de la nota, y . . . . como en los cuentos, se casaron, fueron muy felices y tuvieron muchos hijos.

# LOS CUNNINGHAM'S

(POR ARTURO CONAN-DOYLE)

## I

Aquella primavera trabajó Sherlock Holmes como nunca. De tal guisa fueron las aventuras y sucesos en que intervino y con tal entusiasmo lo hizo, que, rendido aquel cuerpo que parecía incansable, hubo el espíritu de resignarse a una larga temporada de inacción y de reposo.

Yo bien quisiera relatar cuanto antes sus triunfos de entonces, pero algunos de ellos —los de la Compañía de Holanda y Sumatra y de los fantásticos proyectos e invenciones del barón Maupertins, por ejemplo— son de fecha tan próxima que, con gran dolor de mi ánimo, he de dejarlo para mejor ocasión, y tal vez con eso gane la narración de los hechos, porque a mayor distancia se abarca más terreno y mejor y con más libertad de criterio se juzga.

Sin embargo, también de aquella época es su descubrimiento del crimen de Reigate, en unas condiciones realmente extraordinarias, y gracias a un recurso que su situación en aquellos momentos le permitió emplear victoriosamente.

Según mis notas, amigo lector, el día 14 de abril de aquel año recibí un telegrama fechado en Lyon, en que me decían que Holmes estaba enfermo en el hotel Dulong. Veinticuatro horas más tarde estaba a la cabecera de su lecho y pude convencerme por mí mismo que, afortunadamente, no era grave su indisposición. No obstante, debía cuidarse mucho, pues un trabajo excesivo de quince, y a veces veinte horas diarias, le habían perjudicado no poco. Y dióse el peregrino caso que, mientras su nombre corría de boca en boca por toda Europa y la mesa de su cuarto se llenaba de telegramas y cartas felicitándole entusiásticamente, el héroe yacía en un estado de postración tan grande que hasta el hablar le resultaba un fatigoso empeño. La consciencia de su triunfo, la satisfacción de haber vencido donde fueron de-

rrotados los más hábiles policías de tres naciones, no eran suficientes para levantar su decaído ánimo ni volverle a su antigua resistencia.

Nunca trabajé como en aquella ocasión; pero nunca también fue tan completo y redondo mi éxito como doctor. Tres días después de mi llegada a Lyon salíamos para Londres, y veinticuatro horas más tarde estábamos en nuestro cuarto de Baker Street como en los antiguos días.

Holmes estaba casi restablecido; pero no obstante, yo creí necesaria una corta temporada en el campo para que el aire libre y la paz completasen la obra de la ciencia. Entonces me acordé del coronel Hayter.

Este bizarro militar, a quien yo salvé la vida en el Afghanistan, había comprado una casa de campo en el Surrey, cerca de Reigate, y constantemente me escribía cartas y más cartas rogándome que fuera a pasar con él una temporada. En la última que recibí me rogaba que hiciera extensiva la invitación a mi amigo, a quien admiraba y deseaba conocer hacía mucho tiempo.

No poco trabajo me costó convencer a Holmes; pero por fin, y ante la seguridad de que íbamos a casa de un soltero y de que gozaría de una libertad omnimoda, aceptó.

Así, pues, apenas hacía una semana que habíamos vuelto de Lyon, cuando ya estábamos bajo el techo del coronel. Hayter era el tipo perfecto del antiguo militar. Era francote y sencillo, tenía una gran experiencia de los hombres y de las cosas, y desde el primer momento Holmes y él simpaticizaron muchísimo.

La tarde del día en que llegábamos nos fuimos después de comer a un salón amplio y bien alhajado, donde el coronel coleccionaba en grandes panoplias infinidad de armas. Holmes se tumbó en un diván, y Hayter y yo nos dedicamos a revisar la bélica colección.

—Tomad, Watson —me dijo el coronel

de pronto—. Apartad esa pistola, porque me la voy a llevar a mi cuarto.

—¿Para qué?

—Para que no me encuentre desprevenido si me ocurre lo que la otra noche al viejo Acton, uno de los más ricos propietarios del condado.

—¿Y qué le pasó?

—Pues nada, que a media noche asaltaron su casa y le robaron... aunque no mucho, afortunadamente.

—Pero ¿y los autores?

—No se sabe. Por más pesquisas que se han hecho no se les ha podido encontrar.

Holmes se incorporó, y mirando fijamente al coronel, dijo:

—¿Y no se sospecha de nadie?

El coronel se encogió de hombros.

—No. Ha sido uno de tantos robos que se cometen frecuentemente en el campo. No merece la pena de que un hombre como vos os ocupéis de ello.

Aunque Holmes pretendió disimularlo, yo comprendí que no le había sabido mal la adulación.

—Pero siempre habrá un detalle interesante, ¿no?

—Me parece que no. Los ladrones entraron en la biblioteca, lo revolvieron todo, descerrajaron los cajones, los armarios y, por último, no se llevaron más que un tomo incompleto del *Homero*, de Pope, dos candelabros de plata, un pesa cartas de marfil, un barómetro de pared y un ovillo de bramante.

—¡Pues vaya una amalgama!—exclamé.

—Seguramente cogieron lo primero que encontraron.

Holmes sonrió.

—Es fácil, pero en ese robo tan heterogéneo hay algo que...

—¡Cuidado Holmes! —interrumpí—. Ya sabéis lo convenido. Aquí habéis venido a descansar, nada más que a descansar. ¡No faltaría otra cosa sino que ahora os metierais en otra aventura!

Holmes se echó a reír, y, mirando al coronel con aire de cómica resignación, empezó a hablar del tiempo. Al poco rato la conversación seguía por cauces menos escabrosos.

## II

Sin embargo de todas mis precauciones, a la mañana siguiente volvió a surgir delante de nosotros el tema de la noche pasada. Y esta vez fue irresistible. Estaba escrito que Holmes no diese paz a la mano y tregua al cerebro.

Habíamos terminado el desayuno y estábamos sentados todavía a la mesa, cuando el ayuda de cámara del coronel, sin cuidarse para nada del respeto que debía a su amo, entró como un torbellino en el comedor diciendo a grandes voces:

—¿Sabéis lo que pasa, señor? A los Cunningham's...

—¿Qué? ¿Otro robo? —exclamó el coronel, levantándose bruscamente.

—Peor. ¡Un asesinato!

—¡Canastos! ¿Y a quién han matado? ¿Al juez o a su hijo?

—A ninguno de los dos. La víctima ha sido William el cochero. Murió sin decir ¡Jesús!...

—¿Y no se sabe quién es el asesino?

—Todavía no; pero se cree que haya sido el que robó en casa del señor Acton. Ha desaparecido sin dejar ninguna huella tras de sí. Según parece, fue sorprendido por el cochero, lucharon ambos, y William murió defendiendo la casa de sus señores.

—¿Y a qué hora fue?

—A eso de media noche.

El coronel había recobrado su sangre fría.

—Bien, bien, podéis retiraros, John. Iremos inmediatamente a visitar a los señores Cunningham's. ¡Pobre señor! —continuó cuando desapareció el ayuda de cámara—. Habrá sentido la muerte de su cochero porque llevaba muchos años en la casa y le querían como a un hijo. Indudablemente los asesinos deben ser los que robaron en casa de Acton.

—¿Cuáles? —preguntó Holmes con aspecto meditabundo—. ¿Los que se llevaron el ovillo de bramante, el termómetro y las otras porquerías?...

—Sí...

—No sé... no sé... A veces los asuntos que parecen más sencillos a primera vista, suelen ser luego los más complicados.



Además, no es lógico que unos mismos bandidos se limiten a cometer fechorías en un círculo tan reducido.

—Sin embargo, ya véis...

—Sí, sí, ya veo. Confieso que anoche, cuando os ví apartar el revólver por temor de lo que pudiera ocurrir, no pude menos de sonreírme, pensando que era extemporánea la precaución. Los acontecimientos han venido a demostrarme lo contrario.

—Para mí —repuso el coronel— el asesino debe ser de esta comarca. Así se explica que haya elegido las casas de Acton y de Cunningham's.

—¿Son las más ricas?

—Lo serían si no estuvieran metidas en un pleito que las va arruinando poco a poco.

—¿Un pleito?

—Sí; el viejo Acton cree tener derecho a cierta parte de los dominios de los Cunningham's y les puso pleito... Luégo, ya sabéis lo que es la gente de curia... Embrollan todos los asuntos para prolongarles y sacarles más producto.

Holmes parecía haber perdido toda curiosidad por el suceso.

—Pues si efectivamente es un indígena el asesino, no creo que cueste mucho trabajo cogerlo— murmuró bostezando.—Voy a seguir vuestros consejos, amigo Wastson, y a no preocuparme más de semejante vulgaridad.

—El señor inspector Forrester desea hablar con el señor — anunció el ayuda de cámara, abriendo la puerta antes de que yo tuviera tiempo de contestar a Holmes.

Entró Forrester. Era un hombre joven y elegante, de rostro inteligente y palabra fácil.

—Buenos días, coronel —dijo—. Siento mucho molestaros, pero hemos sabido que tenías de huésped a Mr. Sherlock Holmes y...

El coronel, sin dejarle continuar, señaló con la mano a mi amigo. El inspector se inclinó ceremoniosamente.

—¿Tendríais la bondad de ayudarnos, señor Holmes?

Holmes se echó a reír.

—Ya lo véis, Watson. El destino está en contra vuestra. Precisamente, señor inspec-

tor, cuando entrásteis estábamos hablando del asunto. ¿Queréis tener la bondad de sentaros y explicarme todo lo que sepáis?

Y mi amigo se tendió cómodamente en el diván y cerró los ojos, según costumbre suya en parecidos casos. Yo hundí rabiosamente las manos en los bolsillos y tuve que contenerme para no decir alguna barbaridad.

—Así como en el asunto Acton —empezó el inspector— no había nada de particular, aquí sucede todo lo contrario. Indudablemente, el ladrón de la otra noche es el asesino de ésta. Se le ha visto además.

—¡Ah!

—Sí; pero fue después de haber disparado sobre el pobre William Hirwan. El señor Cunningham le vio desde la ventana de su cuarto y su hijo también desde la puerta trasera. Serían las doce menos cuarto cuando se oyó la voz del cochero pidiendo socorro. El señor Cunningham se acababa de acostar y su hijo Alec paseaba por la habitación fumando. Al oír el grito, Alec echó a correr escaleras abajo, y antes de llegar a la puerta trasera, que estaba abierta, vio dos hombres luchando en el jardín. Uno de ellos hizo fuego, el otro cayó de espaldas y el asesino desapareció en la obscuridad de la noche, gracias a que el joven Cunningham se cuidó más de prestar auxilio al moribundo que de perseguir al matador.

—Y no dijo nada ese Wiliam antes de morir que nos sirviera de indicio para...

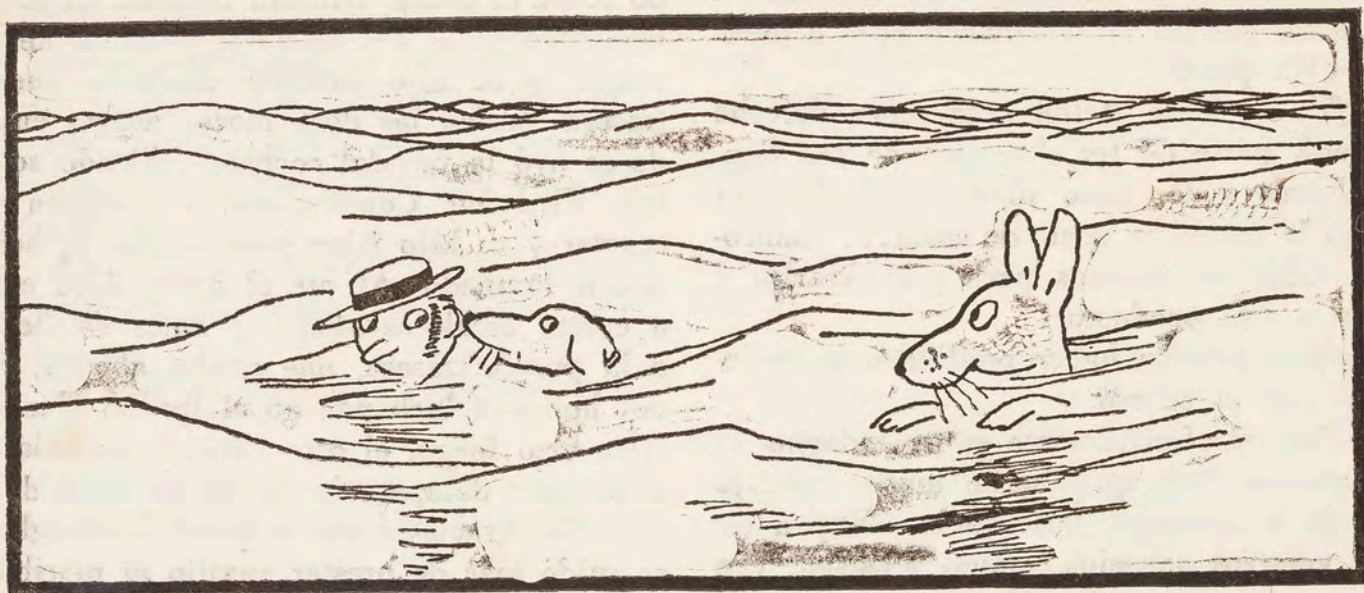
—Nada absolutamente. Vivía con su madre en un pequeño pabellón y suponemos que siendo, como era, un fiel servidor, salió a dar una vuelta por el jardín intranquilo por lo que había pasado en casa de Acton. Seguramente sorprendió al ladrón en el momento de forzar la cerradura y cayó sobre él.

—¿Le dijo algo a su madre al salir del pabellón?

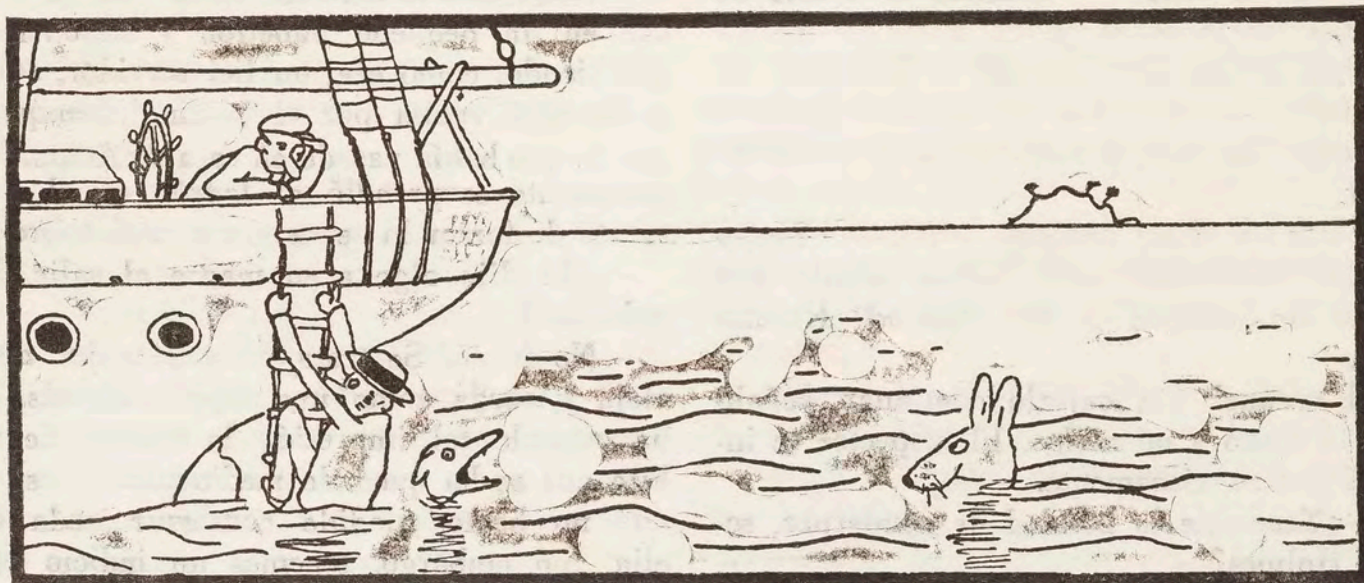
—No lo sé. Se trata de una mujer muy vieja y sorda como una tapia. Además, le ha causado tal impresión la muerte de su hijo que se ha quedado medio idiota; así es que no hemos podido conseguir nada de ella. Sin embargo, tenemos un indicio que considero de gran importancia. Mirad.

(Continuará)

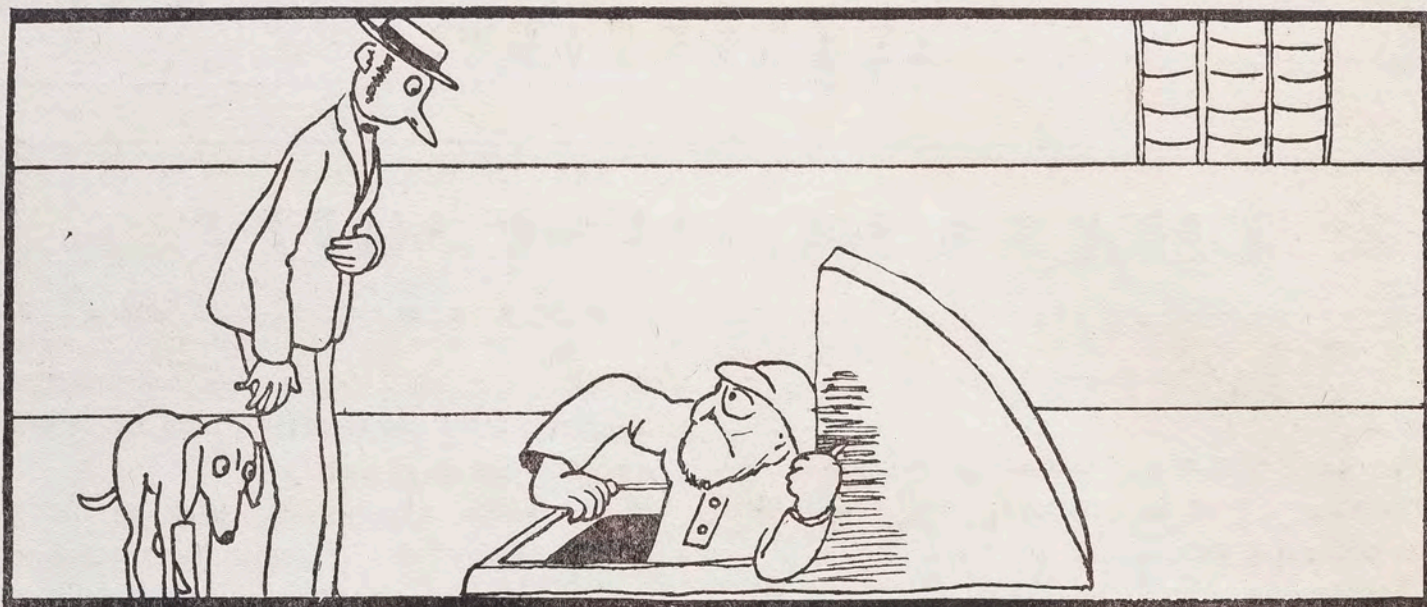
# FANTASTICAS AVENTURAS DE TITO Y TIF



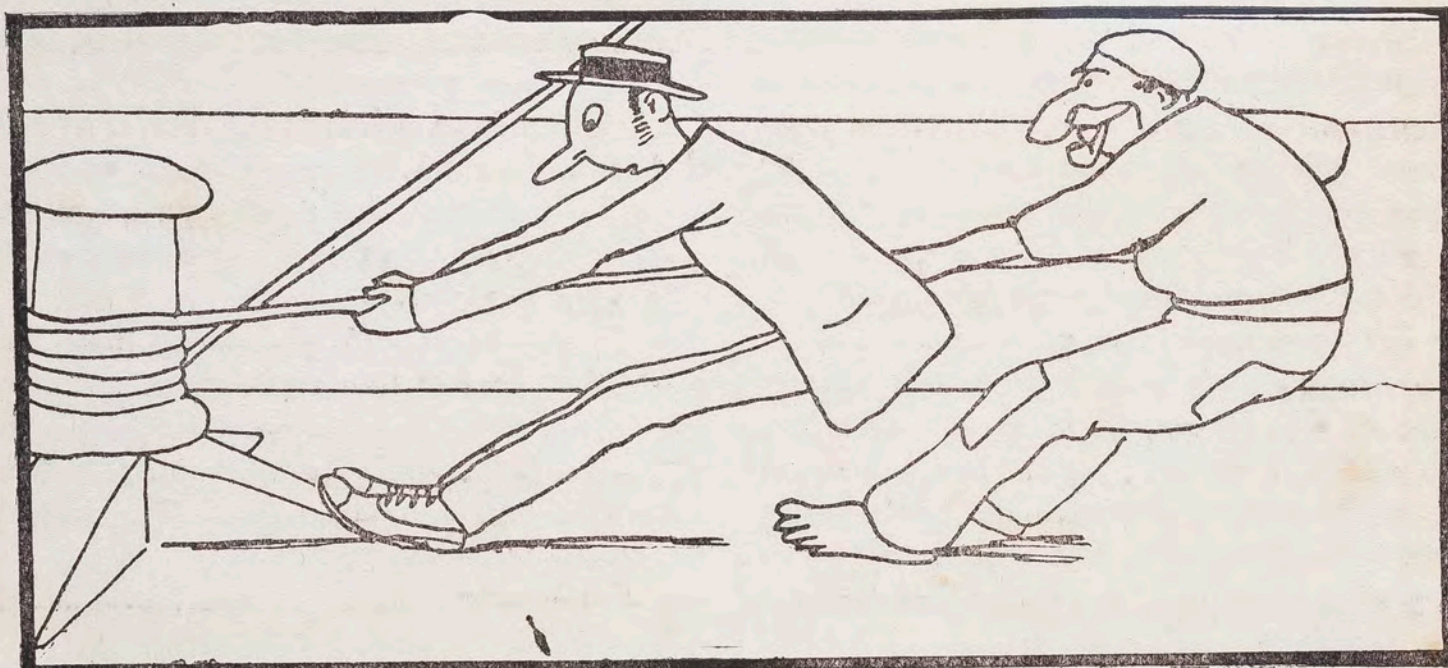
151. — Don Tito sostenido por su fiel Tif nadaba para alejarse del Kanguro que obstinadamente les seguía.



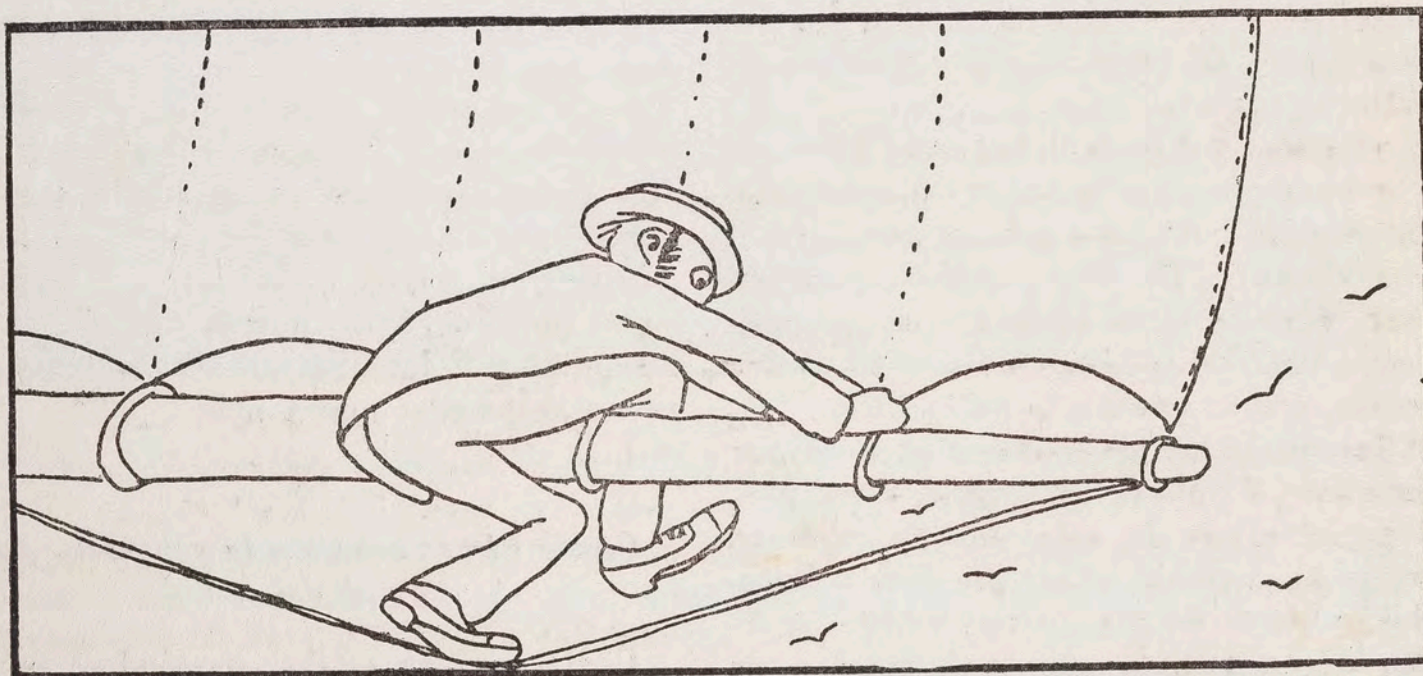
152. — Pero pudo llegar al barco que impaciente esperaba la llegada del boticario con el medicamento.



153. — El capitán, que se había ya repuesto, asomóse a la escotilla y en vista de que nuestro héroe no traía medicamentos. . . .



154. — Mandóle a trabajar en la maniobra, pues dijo que no quería mantener gandules.



155. — Y nuestro pobre amigo se pasaba las mañanas en las vergas. . . .

## PIRULA NO TIENE MIEDO

(Continuación)

Pero de repente sintió que la vecindad se aminoraba y que la gaviota, con voz temblorosa de cansancio, le decía:

—No puedo más. Esta bola-celda pesa un horror. Aguarda a que te sostenga en la copa de este cocotero y llame a un amigo mío para que me ayude.

—¿Quién es?

—El viento, que está ahí, en la playa, tumbado tan regaladamente como un gandulonio cualquiera. —Y gritó—: ¡Eh, tú sinvergüenza! ¡Arriba! Menéate un poco, aunque no sea más que por galantería. Ven y verás qué alhaja llevo dentro de este estuche. A ver si soplas con el mayor esmero y finura, y te la llevas muy lejos de aquí...

El viento, no sin remolonería, subió hasta donde estaba Pirula, y al encontrarse con unos ojos tan azules y unos rizos tan dorados, creyó que se acababa de encontrar a la señorita Primavera, e inflando los carrillos y afilándose los pies, emprendió una carrera vertiginosa a las nubes arriba.

Pirula, dentro de su bola, y la gaviota encima, sentíanse divinamente. Allá abajo quedaron las chozas de los gandulonios y los gandulonios con dos palmos de narices. Algunas flechas intentaron alcanzar a los fugitivos; pero se quedaban muy por debajo de ellos.

Y el globo volaba, volaba, entre rayos de sol y borbotones de nubes. Pirula cantaba, loca de felicidad. ¿A dónde la conducía el señor Viento? ¿Tal vez a una isla maravillosa? Y entre tanto se comía un magnífico coco, lleno de agua muy dulce y muy substanciosa, que la gaviota le había dado.

Al asomarse una de las veces para ver por dónde iban, Pirula divisó, lejano, a sus pies, el mar. Azul, verde, salpicado de espumas. Parecía un hermoso prado, un prado inacabable cubierto de margaritas, violetas y lirios, Mas a medida que se internaban en él, las oscilaciones de la marcha eran más

violentas, y el globo-celda se balanceaba en el aire mucho peor que si fuera un vilano o unas pompas de jabón.

Y al mismo tiempo las olas se elevaban a alturas increíbles, formando montañas de nácar, de rosas y de fuego. Las había semejantes a maravillosos racimos de perlas, de farolitos, de naranjas resplandecientes. Y era que el sol, jugando con el oleaje, se entretenía en edificar todas aquellas construcciones de espuma, dándoles apariencia de cosas materiales y encendidas.

Cuando más embelesaban a Pirula, oyó que el Viento lanzaba un suspirón enorme:

—¡Se acabó!... No contéis ya conmigo...

—¿Qué pasa, hombre? —preguntaron Pirula y la gaviota.

—Pasa —respondió el Viento, muy incomodado—, que se han metido a zascandilear contra mí, acudiendo adonde nadie los llamaba, la Brisa, el Huracán y otros danzantes marítimos, y no hacen más que impedir me seguir mi camino.

—Entonces... ¿qué? —volvieron a interrogar el ave y la chiquilla.

—Pues que ahí queda eso... y ¡buen viaje! A mí se me acabaron las fuerzas.

Dijo, y se marchó. Inmediatamente el globo-celda principió a descender con celeridad que hubiera ido en aumento de no impedirlo la gaviota, que se lo colgó del pico. Pero la caída, sin embargo, se hizo rápida, porque al ave le faltaron de nuevo las fuerzas. Y Pirula, dentro de su cuarto esférico, cayó sobre el agua con un golpe espantoso, mientras, arrastrada por una ola, envuelta en su furia, devorada por su poderío, la pobre gaviota se hundía, como una brizna, para no reaparecer nunca más.

### IX

*Donde Pirula conoce a la gentecilla más informal del mundo.*

Cierta mañana estaba paseándose por la

Pasa a la pág. 15



PECES CONOCIDOS DE LOS PESCADORES DE CAÑA Y QUE SE VEN FRECUENTEMENTE EN LA MESA

Las presentes fotografías fueron tomadas en un acuario, y de tales instalaciones provienen gran parte de nuestros conocimientos relativos a la vida submarina. El pez denominado basiá está emparentado con el barseto (fotografía inferior). En la superior se representa algunos bacalaos de edad comprendida entre dos y cuatro años.



# CREPUSCULO

No hay ya sol ni es noche umbria.....  
 Esta lumbre no comprendo;  
 ¿Es el cadáver del día  
 Tibio aún, lo que estoy viendo?

O es que la sombra primera  
 Desde el Oriente venida  
 Se da con la luz postrera  
 Abrazo de despedida?

Es hora de sentimientos,  
 De suspiros y memorias,  
 Y de románticos cuentos,  
 Y de encantadas historias.

Un eco de melodía  
 Llega dulce al corazón:  
 La campana de María  
 Que da el toque de oración.

Y de la aldea la gente,  
El pastor, el caminante,  
Descubriéndose la frente  
Guardan silencio un instante.

Cruza raudo el horizonte  
De la campana el clamor,  
Y el hacha suelta en el monte  
El anciano leñador.

Y con la gorra en la diestra  
Y la fe en el corazón,  
Sus canas al cielo muestra  
Al toque de la oración.

En este triste momento  
El clamor del campanario  
Es el eco del lamento  
Que se escuchó en el Calvario;

Momento que al fin se aleja  
Como soñada visión,  
Y que al huír sólo deja  
Suspiros al corazón!

Mueren del sol los reflejos  
Tras de la cumbre lejana,  
Mueren también, a lo lejos,  
Los ecos de la campana.

Todo pasa blandamente  
Como esa luz que matiza  
Los cielos.... Sólo la fuente  
Que a mi lado se desliza,

Sigue siempre burbujando  
Tras su velo de verdor,  
Perlas al aire lanzando  
De la taza en derredor.

## PAGINA PARA COLOREAR



La ciudad de Maratón fue atacada por los persas en el año 490, antes de la era cristiana. El general ateniense, Milciades, derrotó con su ejército al invasor, y después del triunfo, eligió al más rápido de sus soldados, muchacho de diez y seis años, para que llevara la noticia a Atenas, a muchas millas de distancia.



Viene de la pág. 10

costa uno de los diablillos que habitaban aquel apartado rincón del mundo, cuando, al mirar hacia el horizonte, ahogó un chillido de asombro:

—Catástrofe a la vista! ¡Acontecimiento por llegar! ¡Novedades sensacionales!

Al oír tales gritos acudieron los diablillos a quienes les tocaba descansar aquel día y, subiéndose unos encima de los otros, exploraron la línea lejana, donde sobre las olas se mecía una cosa extraña y monumental, que tanto podía ser un templo como un palacio como un islote flotante.

La curiosidad que su aparición produjo fue extraordinaria. Toda aquella gen'e menuda quiso comunicárselo a sus parientes y amigos, para lo cual, echándose de bruces sobre el suelo y aplicando la boca, transmitieron la noticia al otro extremo de la Tierra, que era donde en aquellos instantes trabajaban sin descanso.

¿Y en qué trabajaban?

En cuanto lo supiese Pirula (que, como habréis adivinado, venía navegando en su bola-celda hacia la costa) iba a darle un patatús de gusto. Allí vivían los diablillos más enredadores y bromistas del mundo, que hacen rabiar todo cuanto pueden a las personas serias, a los hombres gordos, a los muchachos distraídos, a los automovilistas disparados, a los jefes sin educación, a las señoras de casa que nunca están conformes, a los pescadores calmosos y, en fin, a toda esa porción de seres que sin ser buenos de veras ni tampoco malos de remate, no se cuidan ni de amenizar ni embellecer ni mejorar la vida, como hacen los inventores, los artistas, las buenas madres y los niños que nunca lloran ni siquiera cuando les dan un pas'el en vez de dos.

Estos diablillos, tan menudos como aquellos liliputienses que conoció Gulliver, se contaban por millones, y diariamente iban al otro extremo del planeta a hacer lo que cualquiera de vosotros imaginaréis fácilmente: a hacer diabluras. Eran invisibles para los hombres, aunque en su escondite recobraban su apariencia física. En todo momento estaban de buen humor, y por las tardes, ya concluidas sus ocupaciones, se reunían en

la Plaza Mayor con las mujeres y los chicos para contarse las trastadas, jugarretas, travesuras, picardías y gatuperios que habían realizado.

No hay para qué decir que casi todos ellos, sumamente simpáticos y jamás hartos de bullir, conocían mucho a Pirula, a la que adoraban por enredadora, inquieta, revoltosa y alegre. Así se explica que apenas la divisaron en su choza flotante cuando la pleamar la empujó a aquella costa, acudieran a saludarla con vítores y aclamaciones, mucho más frenéticos que en Gandulonia.

Uno de los diablillos ancianos, en nombre y representación de sus compañeros, leyó un mensaje de salutación y bienvenida, al que Pirula correspondió muy cariñosamente, emocionada de placer y sonriente de gratitud.

—No sabía yo que viviérais juntos —les dijo—, porque ningún diablo, por muy travieso que sea, puede ver a otro ni en pintura...

—Al contrario —contestó el anciano, guiñando los ojillos jovialmente—; aquí no nos podemos llevar mejor, porque no conocemos la tristeza ni los malos humores. Nuestra misión es hacer rabiar a los hombres que no sean útiles, inteligentes o buenos. ¡Guerra al borrico disfrazado de personaje! ¡Abajo los groseros, los gruñones, los brutos y los malos!

—¡¡Abajo!! —gritaron todos los diablillos—. ¡Que revienten!

Pirula aplaudió a sus amigos, y en seguida, en medio del mayor orden, dirigiéronse hacia la Gran Plaza, donde se organizó en honor de la chiquilla una solemne recepción.

Y se inició el desfile, que ofrecía cierta novedad para Pirula, porque cada diablejo, dando una voltereta, manifestaba su oficio, profesión o entretenimiento.

Uno tras otro, fueron desfilando los que gozaban de más reputación.

—Yo soy —dijo el primero riéndose retrecheramente— el que le quita la cabeza a las cerillas de los fumadores que se pasan la tarde en el café.

—Y yo —declaró el siguiente— el que distribuye en las carretras clavitos y cascos de botella para que se pinchen los neumáticos

de los automovilistas que vuelan a noventa kilómetros por hora.

—Y yo el que, cuando se busca un papel muy de prisa, entre un montón de ellos, lo escondo el último.

—Y yo el que les rompe a las criadas tantos cacharros.

—Y yo el que despega los botones y los pierde.

—Y yo el que en las tiendas empuja la balanza antes de tiempo.

—Y yo el que les irrita los callos o les pica las muelas a los jefes directores y presidentes, para que se den más importancia regañando a sus empleados.

—Y yo el que no les deja morder el anzuelo a las anguilas y las truchas.

—Y yo el que hace caer el cepillo cuando uno se limpia nervioso o sin ganas...

—Y yo el que da los portazos que rompe los cristales.

—Y yo el que levanta las nubes de polvo en las verbenas apestosas a aceitazo.

—Y yo el que estropea el encendedor mecánico...

—Y yo el que seca las plumas estilográficas...

—Y yo el que les quita la memoria a los que reciben libros prestados...

—Y yo el que les mete un *goal* a los porteros vanidosos...

—Y yo el que hace mayar de noche a los insufribles mininos...

—Y yo el que les busca *chachas* a los ne-

La relación habría sido interminable. Se nes mal criados...

prolongó un buen rato. Pirula felicitó a los diablillos— si bien no a todos, porque no se le ocultaba que muchos cometían hazañas poco recomendables.—El mismo anciano lo reconoció así.

—Es que tenemos enredadores de primera y de segunda clase —le dijo a la muchacha— y, claro, todos no poseen el mismo buen gusto para dar sus bromas. Tú misma, encantadora Pirula, ¿estás convencida de que todas las jugarretas que has hecho en casa eran igualmente perdonables?

Pirula bajó los ojos, avergonzada.

—Tienes razón. Pero cuando le eché bicarbonato al café de Papá-Chitón fue un día que me purgó con dos bolas de ricino en lugar de una, como se lo había mandado el médico. Pero yo quiero mucho a mi abuelo...

—¿Y te acuerdas de él?

—Tanto como de Chacha-Risa... Tengo ganas de verlos ya los dos para contarles todas las cosas que me están pasando.

—Pues si lo deseas, esta misma tarde te llevamos a tu casa por la galería subterránea que hemos construido hace poco.

—No, no; todavía quiero que me pasen más cosas. Tendréis rey, ¿no?

—Por supuesto. Y con tripa, que es lo que nos falta a los demás. Ahora mismo vamos a llevarte a su presencia.

(Continuará)



“Su Majestad volvió a sacar el ojo derecho, moviéndolo a uno y otro lado”.

## VASCO NUÑEZ DE BALBOA

De su gran carácter, de su política conciliatoria para con los aborígenes, de su dón de gentes y de mando, os conté no hace muchos días. Para hoy, os contaré cómo el ánimo valeroso de Balboa, le llevó a tierras distantes de Santa María la Antigua y de lo que en aquellas regiones encontró.

De Panquiaco, hijo de Comagre, había hecho su gran amigo. El joven indio bien merecía la estimación del español a la que correspondió ofreciendo llevarle más allá de las montañas donde había un nuevo mar en cuyas aguas navegaban embarcaciones a la manera de las de los conquistadores, donde había imperios poderosos y donde la gente se vestía también a la manera de los europeos. El sueño de la gloria, la ambición del lucro, animó a Balboa y a sus ciento noventa compañeros que guiados por los caciques sus amigos y seguidos por mil indios, emprendieron la heroica excursión. Tribus rebeldes aparecieron a su paso, precipicios increíbles, tremedales espantosos, mosquitos portadores de la fiebre, serpientes venenosas, todo, todo lo arrostraron antes de echar pie atrás. Así llegaron al pie de las tierras más altas donde les esperaba la tribu del cacique Kwareca que les vedó el paso, amenazando con que mataría al que se atreviera a penetrar en sus dominios. La batalla fue tremenda, pero los españoles se abrieron paso.

Treparon la empinada cuesta; Balboa adelantase a sus compañeros y maravillado se arrojó en tierra. El Océano Pacífico estaba descubierto. Más allá de donde los ojos alcanzaban a divisar se extendía el maravilloso mar. Pequeñas embarcaciones de vela surcaban sus tranquilas aguas y un nuevo camino, el que tanto buscó Colón, se ofreció, maravilloso, ante los conmovidos expedicionarios. A Dios entonaron su ferviente oración, porque los había conducido hasta allí, porque les ofrecía la perspectiva de mejores pueblos, porque mucho más allá, donde ellos no lo imaginaban, vivía un pueblo rico y poderoso, el de los Incas, cuya cultura será siempre maravillosa sorpresa.

Balboa se cubrió de gloria. Todos sus compañeros le tributaron alabanza por haberlos conducido hasta allí, y sin reparar en la fatiga que los dominaba, levantaron el pri-

mer monumento al Dios verdadero, y a España, la valerosa. Una cruz formada de piedras se levantó en aquella altura y dominó con sus brazos redentores el nuevo mar, el nuevo mundo. Esto pasó el 25 de septiembre de 1513, poco antes del mediodía, y forma una de las épocas notables del descubrimiento de América.

Poco después se verificó el descenso. Querían los castellanos entrar en el nuevo mar. Balboa vestido y con espada desnuda y rodela, entró en el mar, tomando solemne posesión de él en nombre de los Reyes de España. Después vino el regreso. Un mes demoraron en atravesar el Istmo de Panamá, para volver al mar de las Antillas, y penetrar al golfo de Urabá en cuyas riberas se alzaba Santa María la Antigua.

Por camino diferente al que trajeron para el descubrimiento, resolvieron regresar. Duras pruebas les esperaban. Lucha aquí y allí, contra las tribus y contra los elementos, llegaron por fin a tierras amigas, las del cacique Poncha, su aliado. Restablecidos de fatigas y hambres hicieron su entrada triunfal en la colonia de Santa María, después de cuatro meses de ausencia. Pocas veces expedición alguna les permitió riquezas iguales a las que recogieron en su atrevida excursión. Más de cien mil pesos en oro, y perlas maravillosas fueron la retribución a tan valiente empresa. Ni un solo español murió. Grandes y pequeños salieron en procesión a recibir a Balboa; los buques atronaron con los cañonazos del triunfo, y Balboa, el intrépido, el más humano de cuantos conquistadores pisaron nuestro territorio, alcanzó del monarca español el título de Adelantado del Mar del Sur.

Pero vino la envidia, la traición, la cobardía encarnadas en el nuevo gobernador de Santa María la Antigua, Pedro Arias Dávila, el Justador, y las tierras de Urabá se mancharon con la sangre del incomparable Balboa, villanamente asesinado por el que veía en él un rival, porque había alcanzado el cariño de sus compañeros, y lo que era más maravilloso, de las tribus salvajes del territorio que con lágrimas lloraron la muerte de su amigo y protector.

*Tío Remiendos.*

# ALMENDRITA

(Conclusión)

—Quien sabe si será el mismo que cantaba tan graciosamente para mí este verano!—pensó. Pobre pajarito! Te compadezco con toda mi alma!

Después de haber tapado el agujero el topo obsequió a las señoras con una merienda y después las acompañó a su casa. No pudiendo Almendrita dormir en toda la noche, se levantó y trenzó un bonito tapiz de heno, que llevó a la bóveda y extendió sobre el pájaro muerto. Después le puso a cada lado un poco de algodón que había encontrado en casa de la ratita, temiendo que el fresco de la tierra hiciese daño al cuerpo inanimado.

—Adiós, infortunado pájaro — le dijo,—adiós! Te estoy agradecida por la bonita canción con que tanto me divertías durante la dulce estación del verano, en que yo podía admirar el verdor del campo y calentarme al sol.

Y al decir estas palabras apoyó la cabeza sobre el pecho de la golondrina. Pero de pronto se levantó asombrada: había sentido una ligera palpitación del corazón del pájaro, que no estaba muerto sino solamente entumecido por el frío. El calor le había vuelto a la vida.

Durante el otoño las golondrinas vuelan a los países cálidos: si una se detiene en el camino no tarda el frío en atontarla, y la hace caer en tierra como muerta, después de lo cual la nieve se extiende sobre ella.

Almendrita temblaba aún de sorpresa. Comparada con ella, cuyo tamaño no excedía de una pulgada, la golondrina parecía un gigante. Sin embargo, su buen deseo le inspiró

valor: apretó bien el algodón al redor del pájaro, fue a buscar una hoja de menta que le servía de sábana, y se la puso sobre la cabeza.

Cuando a la noche siguiente fue a ver a la enferma, la halló que ya estaba viva; pero tan débil que sus ojos se abrieron con trabajo unos instantes para mirar a la niña, que tenía en la mano, por toda luz un pedacito de madera vieja que relucía en las tinieblas.

—A ti te debo la vida niña encantadora—dijo el pájaro enfermo—me has calentado bien. Dentro de poco recobraré mis fuerzas y podré volar por los aires, calentándome a los rayos del sol.

—No pienses por ahora en semejante cosa!—repuso Almendrita. Hace mucho frío: por fuera nieva y hiela. Quédate en tu cama que yo te cuidaré hasta que estés buena del todo.

En seguida llevó agua en una hoja de flor. La golondrina bebió, y le contó que, habiéndose desgarrado un ala en las espinas de una zarza, no había podido seguir a sus compañeras a los países cálidos. Rendida de cansancio, había concluido por caer a tierra, y desde aquel momento no se acordaba de nada de lo que le había ocurrido.

Mientras duró el invierno, burlando la vigilancia de la ratita y del topo, la niña cuidó a la golondrina con el mayor cariño. Cuando llegó la primavera y el sol empezó a calentar la tierra, el pájaro, que se sentía ya fuerte y ágil, se despidió de su protectora, que descubrió el agujero abierto por el topo en otro tiempo. La golondrina rogó a la niña

que la acompañase al verde bosque sentada sobre sus espaldas; pero Almendrita pensó que su partida causarí­a mucha pena a la ratita campestre, que tan bien se había portado con ella.

—No—dijo suspirando—no puedo.

Adiós, pues; adiós, encantadora niña! Cuénta con mi eterno agradecimiento! —replicó la golondrina elevándose hacia el sol.

Almendrita la vio marchar con lágrimas en los ojos. Había tomado tanto cariño a la gentil golondrina!

—Quivít, quivít!—cantó la golondrina, y después desapareció en los aires.

La tristeza de la niña fue tanto mayor, cuanto que ya no pudo salir a calentarse al sol, porque las espigas de trigo brotaban sobre la casa de la ratita campestre, formando para la pobre niña un verdadero bosque de árboles altos.

—Conviene que este verano te desprisa para preparar tu canastilla de boda—le dijo la ratita—porque ya sabes que el señor topo de pellica negra ha pedido tu mano. Para casarte con ese señor es preciso que estés bien provista de vestidos y de ropa blanca.

La niña tuvo precisión de tomar la rueca, y la ratita campestre empleó, además, como jornaleras, cuatro arañas, que hilaban sin descanso. Todas las tardes el topo les hacía una visita y les hablaba del abrasador verano, que pone la tierra ardiente e insoportable. Así pues, la boda no se haría hasta bien entrado el otoño. Mientras transcurría el plazo, Almendrita iba todos los días a presenciar la salida y la puesta del sol desde la puerta de la cueva, y veía el azul del cielo a través de las espigas agitadas por el viento.

La niña admiraba la hermosura de la Naturaleza y pensaba mucho en la querida golondrina; pero la golondrina estaba lejos y quizás no volvería nunca.

Al fin llegó el otoño, y Almendrita había acabado ya su canastilla de boda.

—Dentro de cuatro semanas se celebrará tu casamiento con el señor topo—dijo la ratita.

Y la pobre niña lloró: la asustaba aquel sér tan fastidioso y tan aficionado a las tinieblas.

—Eres una tonta al afligirte cuando se te presenta tan buen partido! —exclamó la ratita. No te pongas así o me enfadaré y te daré un mordisco. Debes apreciar con mucha satisfacción el casarte con un personaje tan distinguido, que lleva una pellica de terciopelo negro como no la tiene ni el rey. Deberías dar gracias a Dios por encontrar una cocina y una cueva tan bien dispuestas.

Almendrita, atemorizada, ahogó sus lágrimas, y así llegó el día de la boda.

Presentóse el topo muy satisfecho para llevarse a la niña bajo tierra, donde ya nunca vería la hermosa luz del sol, puesto que él iba a ser su marido no podría soportar el brillo de ese astro. A lo menos en casa de la ratita le estaba permitido mirarle desde la puerta.

—Ya no volveré a verte más, hermoso sol!—dijo Almendrita con aire contristado y levantando los brazos al cielo. Adiós, pues, ya que estoy destinada en lo sucesivo a vivir en estos sombríos lugares, donde no se goza de tus rayos!

Después dio algunos pasos fuera de la casa, porque ya habían cortado el trigo, y no quedaba más que el rastrojo.

—Adiós, adiós, amiga mía!—dijo abrazando a una florecilla encarnada. Si ves a la golondrina saludala de mi parte y díle que soy una desgraciada!

—Quivit, quivit!—oyó gritar en aquel momento.

Levantó la cabeza y fue inmenso su júbilo al ver a la golondrina que pasaba. El pájaro manifestó la mayor alegría cuando vio a Almendrita: bajó rápidamente repitiendo sus alegres quivit e hizo mil caricias a su bienhechora. Esta le contó que querían casarla con un topo muy feo que estaba bajo tierra, donde nunca penetraba el sol. Mientras hacía este relato vertía un torrente de lágrimas, recordando que aquel mismo día debía celebrarse la boda, a la cual estaban invitados, como testigos, algunos sapos y muchas lombrices de tierra.

—Se acerca el invierno—dijo la golondrina—y me vuelvo a los países cálidos. Quieres seguirme? Te subiré a mi espalda y te sujetarás a mí con un cinturón. Huiremos lejos del horrible topo y de su morada oscura; muy lejos, al otro lado de las montañas, donde el sol brilla aún más hermoso que aquí, y donde el verano y las flores son eternos. Vén, pues, conmigo, niña hermosa! Yo te salvaré del peligro que te amenaza, pues que me salvaste la vida cuando yacía en el sombrío corredor medio muerta de frío!

—Sí, te seguiré—dijo Almendrita. Mucho bien me ha hecho la rata campestre; pero lo cierto es que ahora quería violentar mi voluntad. Y se sentó en la espalda del pájaro, atándose con un cinturón a una de sus más fuertes plumas; en seguida se sintió arrebatada por encima de los bosques, del mar y de las altas montañas cubiertas de nieve.

Almendrita sintió frío; pero se acurrucó bajo las plumas calientes del pájaro, sin sacar más que la cabecita para admirar las bellezas que veía debajo de ella. Así llegaron a los países cálidos, donde la viña con sus hermosas uvas rojas, verdes y azules brota en todas las zanjas; donde se ven bosques enteros de limoneros y naranjos, y donde mil plantas maravillosas exhalan sus perfumes. En los caminos jugaban los niños con grandes y bellas mariposas de colores.

Algo más allá se detuvo la golondrina cerca de un lago azulado, en una de cuyas márgenes se levantaba un antiguo castillo de mármol rodeado de columnas que sostenían emparrados. En la cúpula había una gran cantidad de nidos.

Uno de aquellos nidos servía de vivienda a la golondrina que llevaba a Almendrita.

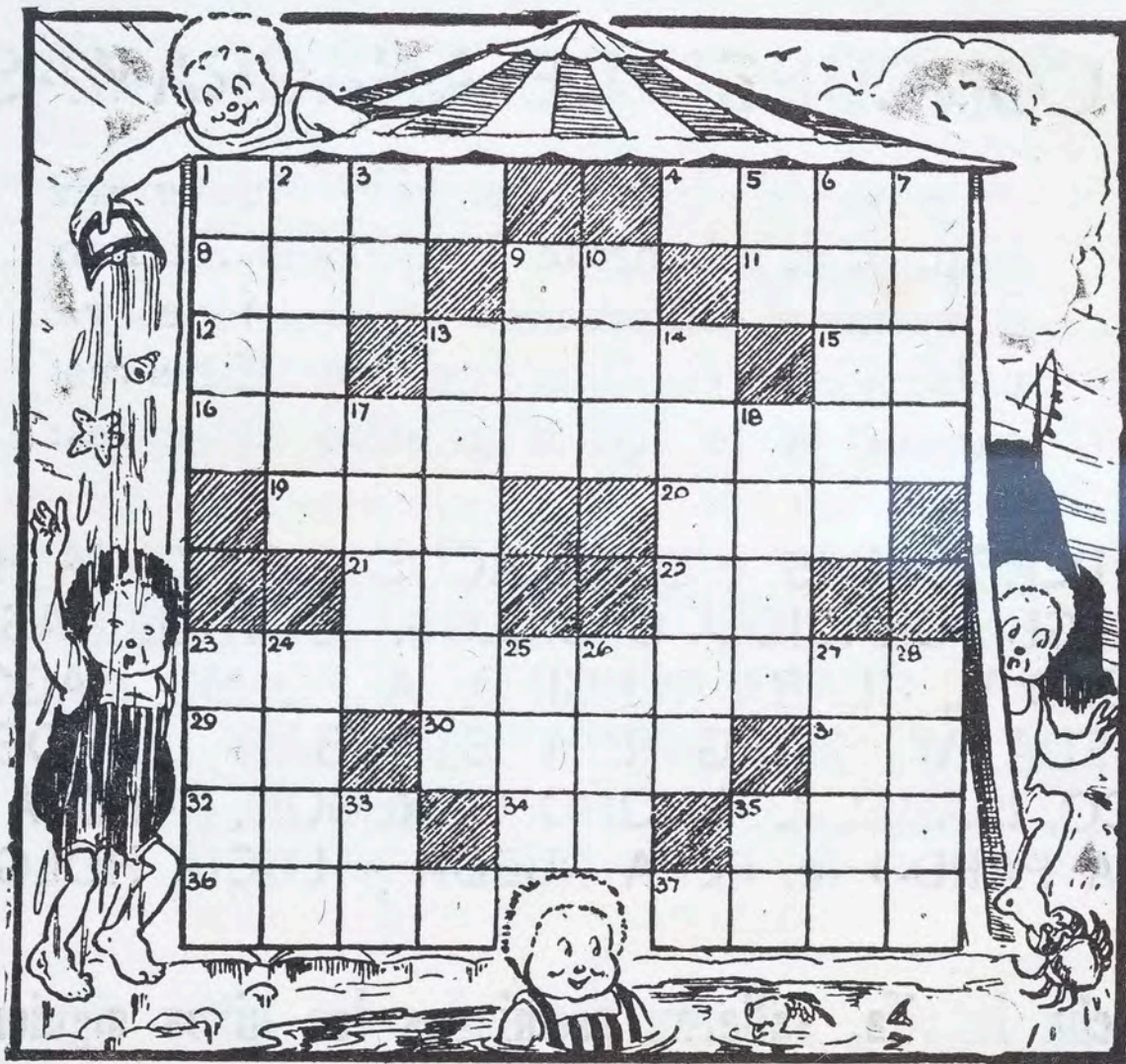
Esta es mi casa—dijo el pájaro; pero no será conveniente que vivas conmigo, porque esta habitación es demasiado fría en invierno y calurosa en verano. Elige una de las flores más hermosas: te depositaré en ella y haré todo lo posible por hacer tu estancia agradable.

Qué feliz soy!—dijo Almendrita saltando y dando palmadas.

Grandes y hermosas flores blancas, carmíneas y azules, crecían entre los fragmentos de una columna caída: allí fue donde la golondrina depositó a la niña en una de las hojas más anchas.

Su admiración creció de punto al ver a un hombrecillo blanco y transparente como el cristal, con diadema de oro y apenas de una pulgada de alto que estaba sentado en la flor. Llevaba en la mano un pequeño cetro de oro y piedras preciosas,

# CRUCIGRAMA



**Horizontalmente.**

**Verticalmente:**

- 1—Roedor (fem.)
- 4—Barro o lodo.
- 8—Nombre de letra.
- 9—Directora de CHANCHITO.
- 11—Entregar.
- 12—Dativo de prom. personal.
- 13—Amarrar.
- 15—Nota musical.
- 16—Cuerpo militar.
- 19—Escuchar.
- 20—Pronombre posesivo.
- 21—Afirmación.
- 22—Pronombre personal.
- 23—Pasatiempo.
- 29—Escuché.
- 30—Trabajo.
- 31—Contracción.
- 32—Expectoración.
- 34—Vocales.
- 35—Malvado.
- 36—Plantigrados.
- 37—Casta o linaje.

- 1—Mueve el remo.
- 2—Alar.
- 3—Bebida.
- 5—Del verbo ir.
- 6—Nombre de mujer.
- 7—Del verbo orear.
- 9—Un millar.
- 10—Cloruro de Calcio.
- 13—Género poético.
- 14—Pez que detenía las naves.
- 17—Tela de plata u oro.
- 18—Carcajada.
- 23—Protuberancia.
- 24—Corrientes de agua.
- 25—Del verbo ir.
- 26—Tejido de seda semejante al tafetán.
- 27—Cereal.
- 28—Adverbio de lugar.
- 33—Debajo.
- 35—Del verbo ir.

# “CHANCHITO”

TIENE EL GUSTO DE PUBLICAR HOY LOS NOMBRES DE  
LOS NIÑOS QUE ENVIARON SOLUCIONES CORRECTAS AL

## CONCURSO DE ANAGRAMAS

A pesar de haber recibido numerosas respuestas, solamente 17 de ellas estaban correctas y conformes a las soluciones ya publicadas en el número anterior. Estas respuestas pertenecen a los niños siguientes:

ARIAS PEREZ, INES y LOLA ACOSTA, CECILIA HERNANDEZ IREGUI, GRACIELA CUBILLOS, JULIA LLERAS, HENRY QUINTERO V., CLARA RENGIFO, ALFONSO MAGOT, BERTA RUEDA W., MARGARITA ESCOBAR L., EDELBERTO OROZCO, ISABEL LONDOÑO OBREGON, HELENA y CECILIA PARDO R., PEPA RUEDA y LUCIA HOLGUIN

**Hecha la rifa, salieron premiados los niños siguientes:**

- 1er. premio: NIÑOS ARIAS PEREZ  
2.º premio: ISABEL LONDOÑO OBREGON  
3er. premio: JULIA LLERAS LLERAS

Estos niños podrán reclamar sus respectivos premios el día 15 de marzo, en la calle 13, número 4-94.

CHANCHITO envía un mensaje de felicitación a los niños premiados y a todas las demás respuestas, que representan un esfuerzo muy meritorio de sus queridos lectores.

---

### Solución al Grucigrama del número 28:

*Horizontalmente:* 1, Cisne; 5, Erizo; 9 Osa; 10, Vas; 12, Sor; 13, Can; 14, Ave; 15, Are; 16, Iban; 18, Taza; 19, Eva; 20, Oca; 21, Tapir.

*Verticalmente:* 1, Cocí; 2, Isabel; 3, Sagnar; 4 Eva; 5, Ese; 6, Isaac; 7, Zorzal; 8, Orea; 11, Nata; 17, Avispa; 18, Toro.

### Enviaron soluciones correctas:

María Luisa Piedrahita, Paulina Piedrahita, Lucía Holguín, Eusebio de Mendoza, Elías Villegas, Clara M. Rengifo, Edelberto Orozco, Cecilia Hernández Iregui, Josefina Lleras P.

Obtuvo el premio Paulina Piedrahita.



Viene de la pág. 20

espada en la cintura, y en los hombros unas alas brillantes.

Aquel lindo joven era el genio de la flor: cada flor servía de palacio a un hombrecillo y a una mujercita, y aquél, que era soltero, reinaba sobre todo aquel jardín.

Lejos de asustarse Almendrita por la aparición, quedó mirando con embeleso a aquel lindo joven.

Cuando el príncipe tan fino y tan delicado vio al pájaro gigantesco, sintió un gran susto; pero se repuso a la vista de Almendrita, que le pareció la joven más hermosa del mundo. Le puso su corona de oro en la cabeza, y con frases muy galantes le preguntó si consentiría en ser su esposa.

Qué comparación con el horrible sapo y con el estúpido topo de capa negra! Si le aceptaba vendría a ser reina de las flores. Aceptó, pues, y no tardó en recibir la visita de un

caballero y una hermosa dama que salían de cada flor para ofrecerle preciosos regalos.

Ninguno le pareció tan agradable como un par de alas transparentes que habían pertenecido a una gran mosca blanca. En cuanto tuvo aquellas alas en los hombros pudo Almendrita volar de flor en flor.

La golondrina desde su nido hacía oír sus canciones más inspiradas; pero en el fondo de su corazón se sentía triste por haberse separado de su bienhechora, a la cual, sin embargo, visitaba con frecuencia.

—Déja ese nombre de Almendrita—dijo a su esposa el príncipe de las flores—ese nombre es feo y tú eres hermosa, hermosa como debe serlo la reina de las flores! En adelante te llamarás Maya.

A Almendrita le pareció muy de su gusto este último nombre, y vivió muy feliz con su esposo larguísimo años.

**PARA LOS NIÑOS**

EL MEJOR  
RECONSTITUYENTE

EXTRACTO  
DE  
MALTA DE

**BAVARIA**

Con licencia de la Comisión  
de  
Especialidades Farmacéuticas.

**COLEGIO**  
**PARA NIÑOS**  
**DE 4 A 10 AÑOS**



DIRIGIDO POR LA SEÑORITA  
**MERCEDES DE LA CRUZ**



Carrera 12 , número 16-64.  
Teléfonos: 30-80 y 23-77.

## UNA BUENA IDEA

El niño que colecciona estampillas desea saber, y sabe más, acerca del mundo, que uno que no colecciona. La Geografía, la Historia, la Botánica, las monedas y muchas materias más útiles le son familiares en poco tiempo por medio de este pasatiempo.

Todas las autoridades educacionistas más adelantadas están de acuerdo en que el coleccionar estampillas ayuda al niño a formar hábitos de pulcritud, orden y economía.

Paquetes desde 50 hasta 1.000 estampillas diferentes, desde \$ 0.25. Álbumes de todos tamaños. Catálogos de precios franceses y americanos y toda clase de accesorios para filatelistas:

LISTA DE PRECIOS A QUIEN LA SOLICITE

**AUGUSTO DUFFO**

BOGOTA

CALLE 12, NO. 6-47 - APARTADO 245

## Calzado 'Búfalo'



**Búfalo**

*No Compre Sin Ver  
Nuestro Enorme Surtido.*



**ALMACENES:**

1.ª CALLE REAL  
NO. 11-20

3.ª CALLE REAL  
NO. 13-90

## ARTICULOS DE PINTURA



COLORES AL OLEO

COLORES A LA ACUARELA

COLORES PARA ANUNCIOS

COLORES PARA PINTAR SOBRE TEJIDOS

TIZAS PARA PINTAR AL PASTEL

TIZAS AL OLEO

PAPELES, PINCELES,  
PALETAS, LAPICES, ETC.

**OPTICA ALEMANA**

SCHMIDT HERMANOS

CALLE 12, NUMERO 176

**Nada tan rico**

como frotarse el cuerpo,  
después del baño  
con

**Agua de Colonia**

*Pídele a tu papá*

una botellita de una  
que es superior, y  
no cuesta mucho:

**la de la**

**PERFUMERIA de  
CUNDINAMARCA**

Calle Real con Calle 15  
BOGOTA

# N I Ñ O S

Aprovechen los domingos para pasear con sus familias en los trenes de recreo, beneficiándose con el reducido valor de los pasajes que les ofrece el

## CONSEJO ADMINISTRATIVO DE LOS FERROCARRILES

El pasaje hasta Apulo, de un sábado a lunes, en primera clase, incluyendo el servicio del hotel, sólo cuesta \$ 9.80. El pasaje de ida y regreso al Salto de Tequendama, en sábado o domingo, y en primera clase, vale \$ 0.50. En el magnífico hotel del Salto se les atenderá por un precio muy módico.

## JUVENTUD DE AHORRO, VEJEZ DE ORO

---

EL PORVENIR ES INCIERTO - ECONOMICAMENTE USTED ALGO DE LO QUE GANA TODOS LOS DIAS - LLEVE SUS AHORROS A LA

**CAJA COLOMBIANA DE AHORROS**

PLANTA BAJA DEL EDIFICIO DEL BANCO DE LA REPUBLICA, Y SOLICITE UNA PRECIOSA ALCANCIA PARA EL AHORRO EN EL HOGAR

# LA LOTERIA DE CUNDINAMARCA

DARA A USTED POR SOLO \$ 0.20

**UN PREMIO DE \$ 700-00**

POR SOLO \$ 2-00

**UN PREMIO DE \$ 7.000-00**

---

**Cinco sorteos y cinco premios mayores  
CON SOLO UN BILLETE**

10.000 PREMIOS

GRAN SORTEO EXTRA-GRATIS TODOS LOS AÑOS  
PARA LOS NO FAVORECIDOS EN DINERO

**SUSCRIBASE USTED**

**A**

**'CHANCHITO'**

**LA REVISTA DE LOS NIÑOS**

---

ADMINISTRACION, CARRERA 6.<sup>a</sup> - 10-60

TELEFONO, 90-62